

TRISTÁN Y LA LITERATURA RÚSTICA ESPAÑOLA

Victor Said Armesto

Conferencia pronunciada el 18 de febrero de 1911 en el Ateneo de Madrid
(Fundación Barrié. Archivo Said Armesto, SA/16 II)

[sn] No he de empezar, según la vieja usanza, implorando vuestra benevolencia, porque si con ella no contara de antemano, no estaría aquí. Vengo esta tarde a esta tribuna, movido por requerimientos de la amistad seguro de que la escasez irremediable de mis pobres fuerzas no ha de permitirme levantar el tema, demasiado vasto, y un tanto enmarañado además, a la luminosa altura de vuestra mentalidad e ilustración. Digo que el tema es demasiado vasto, y de aquí el peligro que su evaluación me ofrece: el peligro de incurrir en pesadez. Y al añadir que es también enmarañado, claramente dejo traslucir el otro peligro: el de resultar desordenado, difuso, falto de método y claridad. Para salvar este escollo, el de la oscuridad y destartalo en mi disertación, procuraré ceñirme siempre al tema cardinal y no tocar más que muy de ligero en las múltiples cuestiones secundarias, de índole comparativa, que el asunto suscita. Por lo que hace al primer extremo, al de la pesadez, no sé, señores, si alcanzaré a evitarla. Pero sí he de rogaros y os lo ruego con sinceridad cordial –y no por vana fórmula– que a los primeros asomos de cansancio que notéis, os dignéis significármelo, porque ya que de antemano cuento, repito, con vuestra bondadosa disposición de ánimo hacia mi, es deber mío corresponder a ella. Y no es cosa, señores, –puesto que yo, ni puedo, ni tengo por qué venir aquí abrigando absurdas vanidades–, no es cosa, digo, que retribuya vuestra afectuosa indulgencia, fatigándoos con mi prolijidad.

[fol. 2] Vengo a hablaros del prestigio que aún cobran entre las gentes rústicas algunos temas del Tristán, del eco que aquí alcanzaron las caballerescas andanzas del héroe, y sus amores con la rubia Iseo. En la traducción medioeval española de un antiguo libro francés que encantó en su tiempo todas las imaginaciones, y logró inusitada resonancia entre nosotros, obra aquí conocida con el nombre de Baladro del Sabio Merlín, hay, hacia el final, un pasaje que desarrolla un motivo, muy citado después, y reproducido mil veces por noveladores y poetas, contemporáneos inclusive, como Tennyson que urdió sobre ese tema un poemita encantador: aludo al pasaje en que Merlín, encantado por las malas artes de la Doncella del Lago (el hada Viviana de las tradiciones célticas) yace prisionero en el tronco de un espino lamentando a gritos sus desventuras [“La doncella del Lago fizo su encantamiento”, etc.] “fasta – dice el texto – que venga Tristán, el buen caballero, aquel que habrá de amar más lealmente que todos los que amaron” – “¿Quién es ese Tristán?” preguntó Bandemagús; y Merlín respondióle: - “Por ahora... él es tan niño, que aún no ha tres años cumplidos... E será tan buen caballero, que la su buen caballería, e sus buenos fechos, e la sua fermosura, alegrará todo el mundo... Así como se conoce el lucero entre las estrellas, que es mucho mayor e de mayor lumbré que ellas, y es más clara que las otras lumbrés que son de noche, así parecerá Tristán sobre todos los otros caballeros”. – Quién es ese Tristán? Pregunta, como veis, Baudemagús al gran profeta Cámbrico. Bandemagús lo ignoraría entonces. Pero, seguramente, que cuando se tradujo aquí el Baladro, los lectores españoles [fol. 3] no necesitaban preguntar al sabio encantador quién era Tristán. Tristán era ya entonces harto conocido en España. Los trovadores cortesanos del siglo XIV, los magnates que congregaban en torno de su

mesa juglares y cantores, las damas instruidas de la época, los músicos y justadores, y los aficionados a los deportes cinegéticos, pronunciaban con arrobo el nombre de Tristán, proclamándole único en el arte de tañer el arpa, de componer lais amorosas, de manejar la lanza y el escudo, y de tender el arco, –arco cuyas flechas no erraban nunca el blanco.– Entonces los nombres de Tristán e Iseo, volaban de boca en boca, cobrando su leyenda carta de naturaleza en nuestra península, a tal término, que a partir de aquel período, esos nombres ya no se borrarán por mucho tiempo de las memorias.

Dos vías de transmisión importa, ante todo, señalar aquí: una, literaria, erudita, patente en obras cultas, novelas, poemas narrativos, cantos trovadorescos y libros de caballerías; y otra, meramente oral, subsistente todavía en romances anónimos, consejas y relatos del vulgo. Eso que llamo “vía de transmisión literaria”, tiene su punto de partida en el siglo XIII, en la poseía galaico-portuguesa; llega a su mayor ensanche en los siglos XIV y XV; se estrecha un tanto, sin dejar por ello de fluir, en el siglo XVI, y desaparece del todo en el XVII. En punto a la oral, el caso es muy distinto. No podemos decir en qué siglo comienza, ni cómo ni cuándo se ha operado en nuestro suelo la sorda incubación [fol. 4] de esa semillas del ciclo de Bretaña; solo sabemos, que la tradición oral y la erudita confluyen en el siglo XVI, revelándose, la erudita, en nuevas versiones novelescas, y la oral, en romances populares, y que mientras la erudita declina, se oscurece y muere en el siglo XVII, la corriente oral sigue siempre manando, viva y copiosa, en tal manera, que aún hoy perdura, y encanta y regocija las veladas de los campesinos españoles, los cuales, aunque hayan olvidado en nombre de Tristán, conocen todavía, y muy a fondo, su más significadas proezas, saben de sus aventuras, y no solo viven familiarizados con él, sino también con Lanzarote, con Galaz, con Ganwain, y demás héroes bretones que allá en la edad remota compartieron las glorias del enamorado caballero. [En lápiz añadido: “Porque la fantasía creadora no es más que una transformación o deformación del recuerdo] Y es más: con ese hondo sentido animista, y poéticamente creador, congénito a las razas del Norte, a aquellas gentes que hondamente ligadas a la madre tierra viven en última comunión con la Naturaleza y en contacto diario con sus elementos propicios; con su genio infantil y animista, digo, nuestros campesinos del Norte han aplicado trozos y motivos de la leyenda de Tristán a su mítica rural, a numerosas tradiciones locales; y esa es la forma en que actualmente viven, –algo empañados, cierto es, pero con real vitalidad,– los más notables temas del ciclo caballeresco bretón. Pudo la sátira divina de Cervantes lograr que la literatura culta desterrara por siglos de su campo aquellos temas cuajados de invenciones peregrinas y relatos quiméricos. Pero si es evidente que la arrolladora fuerza de su [fol. 5] libro, destruyendo añejas fantasmagorías, dio a las letras una nueva orientación, basada en el sentido de lo real, no lo es menos, que por debajo de la poderosa crítica cervantesca, y de sus burlas y parodias, por debajo del Quijote, y de toda la revolución por el Quijote promovida, y de todos los cambios y revoluciones literarias de entonces, y de después, y de siempre, el pueblo, el pueblo niño que no entiende (ni falta,) de modas literarias, de revoluciones artísticas, ni de Quijotes, siguió, y sigue, y seguirá por harto tiempo apegado a lo suyo. Después del Quijote, nada ha quedado entre nosotros del Tristán, ni siendo tal o cual relato con que todavía los genealogistas crédulos del siglo XVII hubieron de exornar alguna que otra tradición heráldica. En cambio, en la literatura rústica, las leyendas bretonas perduraron; y hoy es el día, señores, que en las florestas de Santander y Asturias y en las montañas y campos gallegos, la indagadora mirada del curioso puede descubrir, empapados de vida, de frescura y de perfume, numerosos fragmentos, deformados, cierto es, pero ¿qué importa? vivos e intactos siempre, –fragmentos de la leyenda cíclica de Tristán, lo mismo en maravillas aplicadas a peñascos, fuentes, bosques y lagunas, que en relatos de hazañas de valerosos paladines descabezadores de monstruos, en historias de mancebos errantes tañedores de arpa que enamoran princesas, en consejas de ciudades sumergidas por un sobrenatural poder, y hasta, en supersticiones, aplicadas a hierbas y plantas.

He dicho que la leyenda de Tristán comenzó a difundirse por España [Fol 6] a fines del siglo XIII. Así lo acreditan los Canc[ioneros] galaico-portugueses de Colocci-Branc. y de la Vaticana. Pero debo advertir, que ya a principios de ese siglo la fama de Tristán llenaba el Occidente y hallaba eco en toda Europa. El admirable poema de Tomás de Bretaña, era utilizado por Gottfried d’ Strاسبurg para su traducción alemana, cosa que han hecho inconcusa los pacientes trabajos de Bossert, de Kölbing y

Bedier. A la misma lengua, Eilhart d'Oberg había traducido mucho antes el Tristán anglo normando de Bèroul, del que, desgraciadamente, solo se conserva un fragmento. Las novelas en prosa, no bien aparecieron en Francia, hacia el año 1220, se derramaron profusamente por Provenza, por Italia, por Alemania, por todas partes, y hubieron de llegar hasta Noruega, donde fueron traducidas, repitiéndose todas estas ediciones con abundancia abrumadora. Esto ocurría al promediar el siglo XIII. Y yo pregunto: –¿Es posible que una corte que era entonces, sino la primera, por lo menos de las más significadas y visitadas de Europa, aquella corte tan brillante, tan docta, y en tan última comunicación con la cultura europea, como la corte de D. Alfonso X el Sabio, corte en la cual el florecimiento literario fue enorme, y más enorme aún la influencia francesa y provenzal, corte a la que acudían en demanda de apoyo y protección, cuando no de inspiraciones, los más famosos trovadores de la época, ora de Francia, ora de Provenza, ora de Italia... es posible, repito, que esa corte no tuviese entonces noticia del maravilloso cuento de amor? Yo no lo creo. Por de pronto, señores, registraré dos datos: uno, que el Rey Alfonso X, en un canto de amor que parece escrito hacia el año 1260 [tachado: 1560], encareciendo su pasión por una de sus mancebas, nombra a la letra a Tristán y alude de modo explícito a sus amores [fol. 7] por Iseo; y otro, que Don Gonzalo Eanes de Vinhal, trovador galico-portugués que militaba bajo las banderas de dicho rey, menciona expresamente, en una de sus trovas [añadido a lápiz: agregando que a sus sonos tenía él por costumbre acomodar sus versos] los lais de Cornualla. Estos dos datos me bastan, pues, y creo os bastarán a vosotros, para dar por seguro, –dicho sea con respeto al receloso melindre de esos eruditos que sólo se rinden ante el dato a palo seco,– para dar por seguro, digo, que la historia de Tristán fue, no diré divulgada, eso no, pero sí conocida entre nosotros mucho antes de finalizar el siglo XIII, época en la cual ya es de todo punto incuestionable la difusión entre nosotros de la historia de Tristán e Iseo, dadas las referencias esparcidas en los cantos de los trovadores gallegos como Juan de Guillade, Fernán Esquiio, Tabeira (el autor de la misteriosa canción de Leconoreta que reaparece en el Amadís) y el propio D. Denis de Portugal, de los cuales, unos, nombran a la letra a Tristán, otros traducen los lais de Bretaña, otros citan la Demanda del Santo Graal y el Merlín, y otros, en fin, mencionan y describen la Bête glatissant común a diferentes textos pertenecientes al ciclo de la Tabla redonda.

Tenemos, pues, la leyenda de Tristán divulgada ya en España a fines del siglo XIII, conocida a mediados del mismo siglo, y formada en Francia en el siglo XII. En punto a su elaboración popular, diré que es muy anterior a todos estos datos, y deriva de un tema antiquísimo que no es alemán, como Wagner creía (ni alemán es tampoco el Perceval, ni el Lohengrin, como Wagner creía también); Tristán no es alemán, ni francés, ni germánico siquiera, sino céltico, esto es, nacido en aquella raza poética por excelencia a la que pertenecen hoy los irlandeses, los gaëls de Escocia, los galos de Inglaterra y los bretones del [fol. 8] Noroeste de Francia. Y este origen explica la doble ramificación en que se manifiesta la leyenda cíclica de Tristán casi desde sus comienzos [a lápiz: digo doble reminiscencia, porque en ello hay que distinguir dos corrientes], a saber, la francesa, que es la de las novelas en prosa, la que vino a España, y la inglesa, representada por el poema de Thomas, la que pasó a Alemania con Gottfried d' Strasburg, a bien que todos estos poemas sean por igual brotes o ramas del mismo tronco céltico, del poema primordial hoy perdido, citado por María de Francia en el lais de la Madreselva, poema que quizá remonte a los primeros tiempos de la conquista de Inglaterra por los Normandos y en el que la virtud del filtro mágico [lovendrame] que Tristán comparte con Iseo era ya de duración ilimitada y no limitada a tres años como en Bèroul, o a cuatro como en Eilhart.

*

Pues bien; consignado esto, demos un vistazo a alguna de las curiosas poesías denominadas lais, que aparecen en el Cançionero gallego de Colocci Brancutti. A fin de no cansaros, solo os hablaré de una. Se trata de un lais cantado y bailado por un grupo de doncellas en homenaje a Tristán, por haber éste vencido, en singular combate, a Moroult de Irlanda. –Cuentan las viejas tradiciones célticas, que Moroult [a lápiz: que da a la leyenda de Tristán notable parecido con el mito de Teseo, con la leyenda asiria de Newrob y otros relatos semejantes de la mitología primitiva] (un monstruo marino, un minotauro) exigía a los del Cornouailles el horrible tributo de las 100 doncellas, 100 mancebos

nobles, y otros tantos caballos. Tristán de Leonis reta a Moroult, el cual sucumbe [a lápiz: no sin dejar gravemente herido a Tristán con una saeta envenenada, lo cual no evoca solamente el recuerdo de Teseo, sino que también tiene visible gemelismo con los tributos peninsulares de Santiago Apóstol, la de S. Martín registrado en el Poema de Fernán González y otros temas análogos comunes a diversos pueblos] librando al Cornouailles del odioso tributo. –Si paramos un poco la atención en esta primera aventura de Tristán, si comparamos el viejo relato irlandés con el lais del Cançionero] o con la tradición] castellana del Baladro donde este Moroult interviene, notaremos que en estos últimos se ha operado un cambio singular: El Moroult del lais gallego no es ya un monstruo marino; es un caballero como Tristán. Ni tampoco se hace [fol. 9] referencia al ominoso tributo de las cien doncellas exigido por Moroult al rey Marco; solo se dice que Marot se apodera, no por derecho sino con violencia a punta de espada, de todas las doncellas que a su paso hallaba conducidas “en guarda” de tal o cual caballero andante. Véase la rúbrica, que dice así: –“Esta cantiga –digo cantiga...- fezeron quatro donzelas a Marot d’Irlanda en tempo de Rey Artur, porque Marot filhaba toda-las donzelas que achaba en goarda dos cavaleiros, se as podía conquerer d’eles. E enviava-as pera Irlanda, pera seeren sempre en servidume da terra. E esto fazia él, porque fora morto seu padre por razon de ^na dozela que levaba en goarda”. Y a continuación viene el lais. Lo curioso, [a lápiz: y vamos a mi tema] es que este caballero Marolt, al reaparecer en numerosas tradiciones rústicas, lo hace, no con los rasgos del lais y la novela, el Baladro, sino en su forma originaria, esto es, como verdadero minotauro, como un monstruo o dragón policéfalo de 7 cabezas generalmente, que reclama el tributo, ora de cien doncellas, ora de una. Digo que el hecho es curioso, pero no inexplicable. Ni ello supone tampoco derivación directa del primitivo Tristán. Advertid que es notoria la semejanza del héroe bretón con Newrob y otros héroes de las mitologías primitivas, singularmente, con Teseo. Tristán mata al monstruo Moroult que exigía un tributo de mancebos y doncellas a los del Cornouailles, como Teseo mata al minotauro que exigía igual tributo a los del Ática [a lápiz: el episodio de la vela blanca...]. Se trata, pues, de un viejo mito indo-europeo del que, por cierto, hay paradigmas en todas las naciones de Europa. ¿Quién no oyó, siendo niño, referir a su niñera el cuento del caballero de la lanza y los lebreles encantados, vencedor de la sierpe que reclamaba, por tributo, a la propia hija del rey, al cual un impostor, presentando las siete cabezas del monstruo, trata de arrancarle el premio de su [fol. 10] victoria? Pues este vulgarísimo relato, cuyo contenido aparece en Pausanias y se encuentra, además, en la historia genealógica de la casa leonesa de los Guzmanes, empareja con el mito de Tristán y el Moroult; y lo tenemos ya (y es acaso la más antigua y la más bella de todas las versiones poéticas conservadas) en el lais bretón de Tyolet, rimado por María, la gran divulgadora de la leyenda de Tristán en la Francia del siglo XII. Este lays de Tyolet, como todos los de la gentil María, obtuvo inmensa acogida en su época, y acomodado a los sonos que difundían por entonces desde sus bosques de Bretaña los arpistas célticos, que fue cantado mil veces en las cortes regias y en los castillos señoriales de Inglaterra y de Francia, pasando, sin duda a Alemania y Provenza, y, posiblemente, a España. Con él, y con las versiones orales conservadas hoy en cuentos de nodrizas, coinciden los originalísimos Autos Dramáticos que en las montañas de mi país, y con el título Historia da Becha representan al aire libre los labriegos en sus fiestas patronales. Guardo (y no os riáis) como oro en paño, un ejemplar manuscrito, claro es, de esta extraña comedia recogida por mí con no pocos trabajos y penalidades, hará unos 3 años, en una aldeíta de la prov. de Orense. Como última derivación literaria del arcaico lais de Tyolet, cúmpleme citar, en la lit[eratura] actual, el lindísimo capricho dramático de Ramón del Valle-Inclán, La Cabeza del dragón, para el cual su insigne autor hubo de inspirarse, a mi ver, –no, precisamente, en los poemas de Tristán, ni en el lais del Tyolet, sino en las versiones orales de Galicia, aunque utilizando [a lápiz: con instinto de artista,] detalles advertidos que encuentro en las variantes de Gascaña publicadas por Bladé, y que es natural figuren también en las versiones vascas. [fol. 11]

No es esta la ocasión de investigar por qué razón la materia de Bretaña, como la ha designado el trovador Jean Bodel, se difundió tan pronto en Galicia y Portugal, mucho antes, y con más energía que en Castilla donde nunca gozó de preferente favor. El gran maestro Menéndez Pelayo ha expuesto sobre el caso atinadísimas consideraciones y [a lápiz: como suyas] a ellas remito a mis oyentes. Yo sólo

he de añadir que la antigua comunicación entre el noroeste peninsular y los moradores de Irlanda, del Cornouailles y de la Armórica, no solo se evidencia en Gottfried de Mommouth y en el Brutus de Wace, sino también en los relatos Lebar gabala irlandés. En el Libro de las conquistas e invasiones, en el cap[ítulo] de la emigración de Néwed a Irlanda ligado a la leyenda de la torre de Hércules de La Coruña. En la tradición de los Fig-Bolg, invasores de Irlanda a quienes Nenius da por patria el Norte Español y en algunos documentos de la época de Alfonso III el Magno, sobre relaciones comerciales entre el noroeste peninsular y las poblaciones marítimas de la Bretaña francesa. Si a esto sumamos las frecuentes incursiones de Normandos en las ciudades del litoral gallego y portugués, las famosas peregrinaciones de franceses e ingleses a Santiago de Compostela y cierta comunidad de orígenes célticos que el Sr Menéndez y Pelayo no vacila en admitir, no será de extrañar, al par que una lenta infiltración de elementos poéticos bretones, un terreno bien dispuesto para que aquellas poéticas ficciones hallasen aquí su segunda patria. Precisamente, y por lo que toca a la peregrinación inglesa al sepulcro del [fol. 12] Apóstol, no he de callar un dato curiosísimo que estimo en relación muy íntima con uno de los más hermosos y transcendentales temas del ciclo bretón: con la leyenda inglesa del Santo Graal. Sin tocar los orígenes de esta leyenda porque no hace [a lápiz: harto oscuro, por cierto], y sin discutir la localización del Montsalvage en Cataluña, sólo os diré, que allá, en Galicia, sobre la cumbre de una escarpada [a lápiz: y altísima] montaña llamada del Cebrero [a lápiz: lugar fragorísimo (¿) y de muy penoso acceso] y, precisamente, al margen del viejo camino francés, punto de paso, en fin, de todas las peregrinaciones medioevales, se venera un cáliz que contuvo allí, en los siglos medios, la sangre del redentor y contiguo al monasterio, subsisten, revestidos de hiedra, las ruinas de un viejo hospital, fundado por peregrinos ingleses. Del cáliz y de las ampollas que aún conservan [a lápiz: recogida en paños, según dicen] la sangre preciosa, cuentan los campesinos del contorno extrañas anécdotas que recientemente pude recoger y anotar, sin que en toda la comarca falten tampoco las leyendas aplicadas a fuentes milagrosas, a dragones con alas que moran en el fondo de un peñasco custodiando tesoros, a un hada o mora que, como el rey Arthur, se ha transformado en cuervo, y en fin, a un caballero, dueño de un castillo hoy en ruinas, que los campesinos suponen, como es corriente, fundación de Templarios, y que libró al país y al monasterio de la cumbre, conservador del Graal, de un monstruo gigantesco que desolaba la comarca, monstruo o dragón al modo de la Bête glatissant que describen el Baladro y la Demanda, y a la cual, en los textos franceses, Palamedes atraviesa con su lanza, precipitándola en un lago, en cuyas profundidades se hunde con estruendo pavoroso.

Libreme Dios de Aventurarme a establecer, a la luz de estos datos, disparatadas filiaciones. Solo me limito –y es el único objeto de mi conferencia [a lápiz: de esta Memoria]–, a señalar concordancias, entiéndase bien, de las cuales, algunas bien pueden ser¹ [fol. 13] reminiscencias de temas literarios bretones, esparcidos por troveros, peregrinos y juglares, y otros, temas de mitografía arcaica, muy anteriores a la inmigración de los relatos poéticos, pero que, de todos modos, ayudan a explicar la boga lograda por éstos y la popularidad allí alcanzada por los asuntos bretones. [a lápiz: y hasta la fe con que la leyenda de Tristán hubo de ser acogida como rigurosamente histórica según consta]. Tal es, creo yo, el punto de vista adoptado por Menéndez Pelayo, para explicarse casos como el mesianismo del Rey Don Sebastián, paralelo del mesianismo del Rey Arthur, transportado por las hadas a la isla de las doradas pomas, a la isla encantada de Avalón –que también las viejas crónicas irlandesas sitúan en España–, y el de la leyenda popular, divulgada y conservada hoy mismo entre los campesinos portugueses, de los amores de Don Pedro I de Portugal y Doña Inés de Castro, sobre las misivas de amor conducidas por el arroyuelo de la “Quinta de las lágrimas”, que se corresponde totalmente con la de las cortecitas de encina que Tristán e Iseo lanzan al río para comunicarse en las ausencias².

Y aquí, Señores, llegamos al momento en que, como dije al principio, la corriente oral y la erudita confluyen y se tocan. –Derramadas ya a los cuatro vientos por España las novelas bretonas, no tardaron los juglares en apoderarse de sus temas, vaciándolos en los moldes del romance, y entonándolos al son de la viola, por calles y plazuelas. Referentes a Tristán, sabemos de dos, por haber sido conservados en los Cancioneros de Amberes y en la Colección de Juan de Rivera, uno de los cuales dice así³: [fol. 14/15]

Ferido está Don Tristán – de una mala lanzada.
 Dírasela el rey su tío – por celos que de él cataba.
 El fierro tiene en el cuerpo – de fuera le tiembla el asta.
 Valo a ver la Reina Iseo – por la su desdicha mala.
 Júntanse boca con boca – cuanto una misa rezada.
 Lloro el uno, llora el otro, – la cama bañan en aguas.
 Allí nace un arboledo – que azucena se llamaba.
 Cualquier mujer que la come – luego [queda embarazada]
 Comiérala Reina Iseo – por la su desdicha mala.

El simbolismo de la azucena, el carácter fálico que ostenta aquí esa flor, y que provocó, naturalmente, vuestra hilaridad, no es caprichoso aditamento del juglar autor del romance. Evidentemente, lo tomó del *Tristán* en prosa, puesto que se liga al pasaje en que *Bragania*, suplantando a *Iseo*, la noche de sus bodas con el Rey Marco, pierde, como dice el texto, una *flor de lis*, una *azucena* que llevaba consigo, cosa que no le ocurre a *Iseo*, no porque ésta conserve la suya en la maceta, sino porque ya *Tristán* se había apoderado de ella, después de regarla con el filtro mágico, la tarde en que los dos [a lápiz: hacían juntos la travesía de Irlanda a Cornouailles] navegaban con rumbo a las costas de Cornouailles.

Y hé aquí otro tema tristánico que aún vive en la memoria de nuestros campesinos, empalmado a los conocidos romances asturianos de Doña Euxembra, que [a lápiz: en Santander dicen Urgelia] en Portugal dicen Eusenda y en Galicia Ousenda y Ousea, acusando la derivación de Oseo, Iseo, y que comienza así:

En el jardín de la Reina – hay una hierba encantada,
 toda mujer que la pisa – luego queda embarazada;
 La pisara Dª Ousenda – por su desdicha mala.
 Un día estando a la mesa – su padre el Rey la miraba; (y sigue el romance)

Los asturianos han aplicado el simbolismo erótico de la azucena, a la borraja. En Galicia, por influencia tal vez de los romances, hablan los campesinos [fol. 16] de una cierta flor o hierba dotada de esa rara cualidad.⁴

Por análogo proceso, vino a adherirse al popularísimo romance de *Gerinaldo* [a lápiz: y que hoy se canta en todas las regiones de España] otro detalle procedente del *Tristán*, cual es el de la espada desnuda que el Rey-padre coloca entre la no menos desnuda parejita, y cuyo simbolismo el pueblo olvidó, o quizá no comprendió y que tuvo que explicar a su manera haciendo decir al padre de la infantina: –“Pondré la espada en el medio – que me sirva de testigo.” O la más antigua de las versiones conservadas:

Sacara luego la espada – entre entrambos la ha metido.
 Porque desque recordase – viera como era sentido”.

No; el Rey no colocó las espada en medio para que testificase su presencia en la cámara de los novios, para que diese fe de haberlos cogido *in-fraganti*, sino para dejar a salvo el honor de su hija, para proteger su castidad. [añadido a tinta: Es éste un símbolo en cuya explicación y estudio no puedo detenerme ahora porque me llevaría muy lejos]. El caso está tomado del *Tristán*, y llegó a ser lugar común de muchos cuentos y leyendas medievales, apareciendo en *Los Nibelungos*, en el *Ami et Amiles*, en la *Gesta de Garin*, en el *Pentamerone* de Basile, en una balada escocesa publicada por Child, en otra alemana de Ulhand, en mil partes. El hecho de figurar también en *Las mil y una noches* (la historia de Aladino) y en el cuento egipcio de los *Dos hermanos* parece indicar que el símbolo es de origen oriental. Pero de donde lo tomaron los troveros fue del *Tristán*. El rasgo está ya en *Bèroul* en Thomas [fol. 17] de Bretaña, en Eilhart d'Olberg, en Gottfried d'Estrasburg, y que se repite, claro es, en la versión española, tiene su fuente en el maravilloso episodio –episodio de belleza universal

y perenne, sin duda de lo más hermoso del Tristán– que describe la vida de los dos amantes en el bosque. Refugiados en una gruta, Tristán tiene la precaución de dormir siempre poniendo entre él e Iseo una espada. Delatados por un guardabosque que, llega el rey Marco, lo ve así dormidos y queda convencido de su inocencia; se apodera de la espada de Tristán, y pone en su lugar la suya.

Ya os dije que Tristán fue proclamado único en el arte de tañer el arpa y de conocer y cantar lais amorosos. Esta idea, puesta de moda por María de Francia a mediados del siglo XII, hizo fortuna, y desde entonces los poetas noveladores la aceptaron y desarrollaron con pasión. Tristán ya no se separará nunca de su arpa durante toda la Edad Media. Sin esto, todo un lado de su figura poética quedaría en la sombra. Es un tema constante, insistentemente repetido y apurado, y al que se acomoda un pasaje de la novela castellana, aquel en que Tristán canta una noche, a orillas del mar, bajo las ventanas del palacio del rey Languines, padre de Iseo, que [a lápiz: se despierta] se asoma al balcón [a lápiz: fascinada por la música], e Iseo le cura la herida envenenada hecha por Moroult. Pues bien; este tema, que aparece en los romances orales, adherido siempre, siempre, a la canción de los árboles que juntan amorosamente sus ramas, canción dimanada, con toda evidencia, del Tristán.⁵ [...]

Tengo mis sospechas de que también el maravilloso romance español de El Conde Arnaldos, según la versión de Juan Rodríguez de Padrón recientemente hallada por Hugo A. Remert en un pliego gótico del Museo Británico, ofrece reflejos tristánicos. Bien sé que el tema del poder sobrenatural del canto y de la música es común a numerosas obras poéticas de la Edad Media; pero ciertas coincidencias de situación y hasta de frase, amén de otras razones que no quiero entrar ahora, me hacen sospechar que ese romance es como un eco atenuado del Tristán. Ya os dije que Tristán era proclamado durante la Edad Media, como único en el arte [fol. 18] de tañer el arpa y de componer lais amorosos⁶.

[fol. 18bis/19] ... [Y acaeció] que Tristán y Gorvalán se hicieron a la mar... y una noche llegaron al puerto de Irlanda, y cuando fueron en el puerto... [Tristán] alzó las manos al cielo... y demandó la arpa... y comenzó a templar y hacer dulce son... Y el Rey Languines de Irlanda, que estaba en una cámara de un palacio sobre el mar, cuando oyó tañer aquel son, ovo gran placer, e levantose de la cámara y fuese a la finiestra cuando más pudo... para escuchar aquel tañer... Y mandó a sus escuderos que fuesen abajo al puerto y dixesen aquel caballero que viniere a su palacio... E Tristán dixo que le placía de voluntad, y preguntó... si había en la corte alguna dueña o donzella que supiese curar las heridas... Los escuderos dixeron que sí, que la reina y su hija eran grandes maestras. Cuando Tristán esto supo fue alegre. E aparejoso luego de ir... y [dexó] la nao a los marineros... E cuando el día fue bien claro, el rey se levantó y se vino luego a Tristán y dixo: – “Señor caballero, Dios os dé buena ventura” – El Romance [a lápiz: del trov. Juan Rodríguez de Padrón] comienza:

¡Quién tuviese a tal ventura – con sus amores folgare
como el infante Arnaldos – la mañana de San Juane!
Andando a matar la garça – por riberas de la mare
Vido venir un navio – navegando por la mare.
Marinero que la manda – diciendo viene un cantare.

Más adelante, agrega:

Ódolo ha [la reina] – en los palacio do está-e
“Si saliésedes, mi hija – saliésedes a mirare,
y veredes la sirena – como canta por la mare.” –
-“Que no era la sirena – la sirena de la mare,
que non era sino Arnaldos – Arnaldos era el infante.
Que por mi muere de amores – que se quería finire” etc.

[fol. 20] Es muy de notar que este romance, aparezca en todas las versiones orales modernas adherido a la canción de los árboles que juntan amorosamente sus ramas, canción dimanada, con toda evidencia, del Tristán⁷. De este motivo, la versión más bella que conozco, es un romance gallego titula-

do Bernaldino e Sabeliña. No aparece en él el incidente del canto a orillas del mar; se limita a presentar el desenlace del viejo poema, no tocando más que al retorno de Iseo, al encuentro de los dos amantes, a su muerte, y a lo eterno de su amor simbolizado en los árboles que se abrazan por cima de sus sepulturas movidos por el viento. Esta versión [es] tal como la cantan hoy en las montañas de mi país²:

Po-lo mundo me vou, madre, – po-lo mundo a camiñar,
en busca de Bernaldino – que non-o podo atopar.”-
E foise de terra en terra – e de lugar en lugar,
Pasou ríos, pasou montes – pasou as augas do mar.
Topou unha lavandeira – lavando ‘n nun arenal.
 - “De Bernaldino, señora, – ¿qué novas me podés dar?-
 - Bernaldino é da Reiña – o paxeciño galán, [fol. 21]
Polo día, po-la noite – ‘no xardín está a cantar”
Ao cabo de sete anos – a altos pazos foi chegar.
 - ¿Caballero de armas brancas – por aquí o viu pasar?
 - Caballero de armas brancas – ‘no meu monte vai cazar,
e non veu hoje na cena – nen ven mañan ‘no jantar.
 - “Pois que veá. Que non veña, – aquí heino d’agardar.”
Ao decir estas palabras – Bernaldino a porta está.
 - ¿Quién te trouxo aquí, Sabela, – quen te troujo a este lugar?
 - Teus amores, Bernaldino, – por aquí me fan andar.-
Agora son da reiña – e non a podo deixar;
se queres volver para terra – diñeiros ‘n han de faltar,
eu che darei ouro e prata – canto pouderas levar”-
 - Que m’o deas, non m’o deas, – de ti non m’hei d’apartar,
que os teus amores, Bernaldo, – so’n malos d’olvidar.
Colléronse po-lo brazo, – puxéronse a pasear.
Logo que os viu a Reiña – logo os mandara matar.
A éla entérranna ‘no coro – a él enteran-no ‘no altar.
D’ela naceu unha oliva – e d’él un verde olivar.
Era tanto o que crecían – que aos ceos foron chegar².

[Cando os nortes sopran mainos – os dous se queren falar,
 Cando os nortes sopran recios – os dous se queren bicar.
 Logo que os viu a Reiña – logo os mandara cortar;
 De ela naceu unha fonte, – e de él un río caudal;
 Po-las veigas van correndo, – po-las veigas sin parar,
 Cando van despartados – van depresa á rebuldar,
 Desde van os dous xuntiños – van mainiños amainar.
 A fonte tiña un letrado – que decía este cantar:
 “Quen padeza mal d’amores – aquí véñase á lavar.”
 A Reiña padecía – e tamen se foi lavar;
 Cando a Reiña chegou – comeza a fonte falar:
 - “Cando era nena en cabelos – ti me mandache matar,
 Cando era unha verde oliva – ti me mandache cortar,
 Agora que son fonte santa – e á min ves pra te lavar,
 Para todos darei agoa –e para ti hei de secar”-]

La musa rústica, al adueñarse de este bello poemita (cuyo núcleo figura en los relatos franceses, y tiene por germen el lais de la Madreselva de María de Francia, que dio, asimismo, origen a la orden portuguesa de Caballeros de la Madreselva que peleó en Aljubarrota), extrajo de él bellezas nuevas, apurando el motivo de las transformaciones. Así, en una versión castellana que cantan todavía los

judíos de Oriente, los amantes pasan a ser árboles, ríos, peces, aves, y otras mil cosas... Oíd, a este respecto, otra variante que recogí en Galicia, y que estimo preciosa, singularmente, por la poética vaguedad del verso final [a lápiz: y en la que resurge la situación desenvuelta en El Conde Arnaldos y en el capº en que Tristán canta bajo las ventanas del Rey Languines]:

A ela enterranna no coro – a el enterranno no altar.
De ela naceu una oliva – e de él un loureiro real.
Tanto creceu un y-o outro – que se foron a xuntar.
A Reiña vai para misa – e alí prendeuse o sayal.
A Reiña de envidiosa – logo mandounos cortar, [fol. 22]

A fonte tiña un letreiro – que decía este cantar,
“quen padezca mal de amores – aquí véñase lavar.”¹⁰

[fol. 23] Para concluir estas lecturas, agregaré que de otro romance de Tristán ha quedado noticia en el Cortesano de Luis de Millén [sic]; pero, desgraciadamente, el romance a que alude el Cortesano, que contenía el verso “que por veros, mi señora, – pasé yo la mar salada.” [fol. 24], desgraciadamente, vuelvo a decir, ese romance se ha perdido. – Por lo que hace al de Bernaldino e Sabelina, sería imperdonable no recordar aquí el precioso cuento Sabel, de la eminente escritora Condesa de Pardo Bazán, cuento que es, por ahora, la última derivación literaria del lais bretón de la Madreselva, aun cuando la insigne autora (como hizo Valle-Inclán respecto al asunto del Tyolet) no haya recurrido al lais, ni tampoco al Tristán francés, sino a la Tradición campesina de su país, fusionando, de modo ecléctico y habilísimo, las variantes que os acabo de leer.

*

El asunto es muy vasto, y lo limitado del tiempo, juntamente con lo apurado de vuestra paciencia, me obligan a pasar por alto mucho de lo que pensaba deciros. Con todo, no quiero dejar de convertir vuestra atención, hacia otro episodio del Tristán del que las versiones pululan en la novelística vulgar española con profusión notable. Sin duda, que en la derivación y entronque de todos estos cuentos, hay que proceder con tino. Ya he advertido que el capital objeto de mi conferencia, más que a establecer líneas de parentesco, se encamina a señalar concordancias. De ellas hay un cuento gallego, muy popular en toda la región y del que obtuve diferentes copias, que coincide exactamente con el lindo episodio del cabello de oro de Iseo llevado de Irlanda a Cornouailles por una golondrina y que llegando a manos del rey Marco decide a éste a no casarse con otra mujer que no sea la dueña del cabello, lo cual hace que Tristán parta a la ventura para encontrarla.

[fol. 25] Este bello episodio figuraba ya en la versión primitiva del inmortal cuento de amor. Tomás de Breñaña tuvo el mal acuerdo de suprimirlo en la suya por parecerle inverosímil; más no todos pensaron como Thomas, y han hecho bien. El episodio fue admirado y glosado, y él fue quien inspiró a Chrétien la idea (a mi ver menos feliz) del cabello de la hermosa Soredamour, cuyo arrobado poseedor encuentra más brillante que el oro al que la dueña ha entrelazado. Pero como este incidente no es más que una variante del cuento de La Bella de los cabellos de oro, esparcido por diversos pueblos y que se encuentra ya en el cuento egipcio de Los dos hermanos, donde es el Nilo quien conduce al Faraón la trenza de la hermosa desconocida, y como, por otra parte, no lo encuentro en la novela castellana del Tristán, ni siquiera en las demás obras castellanas pertenecientes al ciclo de Breñaña, nada agregaré sobre el cuento gallego del que creo hay variantes portuguesas, y no sé si también extremeña y andaluzas. Más íntimamente emparentada con el Tristán está la anécdota del cuerno como prueba de fidelidad femenina, el cuerno donde no pueden beber más que los maridos de las mujeres fieles. A primera vista, podría creerse este asunto de origen francés, porque en el fondo es un fablián picante y liviano. Sea de ello lo que quiera, el asunto aparece ya en la leyenda de Cavadoc incluida en el Perceval, se repite en la Venganza de Raguidel, y mucho antes constituye el tema del famoso lais del Corn escrito, en el siglo XII, en la forma rara de versos de seis sílabas, por el anglo-normando Roberto

Biket, de donde pasó al Tristán, y del Tristán a toda Europa. Este lance, que en el siglo XIV incorporó también Ariosto a su poema, se contiene, [fol. 26] claro es, en el Tristán castellano. El Hada Morgana envía al rey Arthur por conducto de un caballero, un cuerno de marfil guarnecido de oro y plata. Un tal Lamerad, topa con el desconocido caballero, y le interroga sobre el destino de aquel artefacto: “Este cuerno –(contesta el otro)– si alguno ja duda que su mujer le hace traición, hínchalo de vino, e hágale beber con él; y si ésta bebiere con él, es casta y buena, e si ha fecho algún mal, el vino se le derramará por los pechos, que no podrá beber con él”. – E cuando Lamerad le oyó, él se maravilló e dixo: “Por Dios, este cuerno no irá a la corte del rey Arthur; antes irá a la corte del rey Marco.” – Y así es. Lamerad le obliga, por la fuerza de las armas, a llevar el cuerno a la corte de Marco. Éste se lo entrega a Iseo, que trata de beber; pero la mano le tiembla, y se le derrama el vino pecho abajo. El rey Marco se queda sorprendido, se lleva las manos a la frente (supongo yo), tema una superchería, y para cerciorarse, hace beber a todas las doncellas de la corte; y agrega el texto que de 380 doncellas que en la corte había, solo lograron apurar el vino 21. En los campos gallegos, corre esta anécdota aplicada nada menos que a la reina Doña Urraca (motivos sobrados dio para ello, cierto es) y además constituye el asunto del otro Auto dramático campesino que poseo, aunque en fragmentos muy deteriorados. También debo citar, como última derivación literaria del lais de Roberto Biket y del episodio de Tristán, la bellísima comedia de nuestro insigne Benavente, La copa encantada, cuya inspiración procede en línea recta del Ariosto, como declara él mismo en el bello prologuito de las obras. Ya veis, señores, como la imaginación popular (y hasta la misma musa erudita) se nutre y recrea sus horas de estudio y de descanso con las peregrinas [fol. 27] invenciones que en antiguos tiempos componían la urdimbre del Tristán. Tristán vive, pues, entre nosotros, y la musa rural española lo ha hecho suyo por derecho de conquista, pues que suyas son las remodelaciones a que sometió tantos y tan diferentes episodios de la hermosa leyenda, desde la victoria sobre le monstruo Moroult, hasta la estratagema de la espada interpuesta entre los cuerpos dormidos de Tristán e Iseo; desde el episodio del cuerno encantado, hasta el erótico simbolismo de las azucenas, desde el taumatúrgico poder del canto de Tristán, atrayendo desde el mar, en la paz de la noche, a la doncella enamorada, hasta el arbitrio de las cortecitas de encina a que Tristán acude para comunicarse con su ídolo; desde el encuentro y muerte de los dos amantes, hasta el conmovedor y romántico motivo de los árboles que se abrazan sobre sus sepulturas [a lápiz: como ya he señalado en otra parte, este motivo se repite en un cantar de rueda que cantan los niños de toda España]. Estos temas, no se han borrado nunca de la memoria popular, y perduran y perdurarán por largo tiempo, ora aislados, ora acoplados con otros, correspondientes a otras obras del ciclo bretón que en la lit[eratura] de los siglos medios caminaban siempre del brazo dado con Tristán. Os hablé hace poco del Graal [a lápiz: magnífica representación del ensueño cristiano de la unión mística en Dios], creación estupenda donde el pensamiento religioso se desarrolla en admirable floración de símbolos poéticos, y os di noticia del misterioso cáliz que todavía se venera en las altas cumbres del Cebrero, santa reliquia que atrae numerosas caravanas de romeros de toda la comarca y de tierras de Asturias, y hasta de las provincias de Zamora y de León, con el pintoresco detalle (muy significativo además) del que los oferentes que van en penitencia acuden con hábitos blancos y una cruz roja sobre el hombro. Para que advirtáis la estrecha relación que cabe establecer entre las [fol. 28] viejas leyendas bretonas y estas tradiciones rústicas verdaderas parcelas dimanadas de antiquísimos relatos, pondré en cotejo dos textos que estimo interesantes. Oid lo que dice, en uno de sus últimos capítulos, el texto castellano de la Demanda del Santo Graal: “E cuando Galaaz ovo recibido el santo Grial, levantose de su cátedra de oro e de plata, e salió dende un hombre todo desnudo... e tenía los pies e las manos sangrientos y el costado abierto e sangriento, e la sangre que de él caía en el Santo Grial... Desque ouvo así estado, llamó al rey Galaaz, e dixo: –“Hijo Galaaz, hoy eres entrado en la gloria, y ven adelante, y recibe la corona... [a lápiz: e untole el cuerpo con la sangre]. E [primero] fizolo posar con otros reyes... E [después] el Señor coronó a Galaaz en el cielo” – Y ved ahora lo que expresa un romance, de los más populares en Galicia, Portugal, Asturias, Santander, y Cataluña, según la versión bilingüe que obtuve en la misma comarca del Cebrero, donde se custodia el sagrado vaso:

[A lápiz, encima del poema: el asunto no se tomó de los libros, vino de traslaciones orales puesto que es un calco del de Ajuil]

Por riba de un monte verde – que nunca fuera cerrado
Yo viera pasar un hombre – vestido de colorado.
O vestido que levaba – todo o levaba manchado.
Que llo manchó Jesucristo – con sangre de su costado.
La sangre que de él caía – cayó en un cáliz sagrado.
El hombre que de él bebiera – será bienaventurado.

N'este mundo serás rey – n'el otro rey coronado.

Las prosas francesas que desarrollan todas estas tradiciones y motivos poéticos, radican, ya lo he dicho, en temas muy antiguos; y en la imaginación soñadora, [fol. 29] melancólica y apasionada de la raza céltica, fue donde se han elaborado, sino formado estas bellas ficciones de la edad Media, que a principios del siglo XII hubieron de ejercer en Francia, una incomparable fascinación y por mediación de Francia en toda Europa, singularmente, en Alemania. Contribuyeron los Normandos, con los de Anjou, los del Mans y los bretones de la Armórica, no a la formación, pero sí a la difusión de estas fuentes que habían de derramar sobre el mundo un tal rejuvenecimiento de poseía. La empresa internacional de las cruzadas, las guerras de conquista, las bodas entre príncipes, el amor a la vida aventurera, las peregrinaciones y otras mil causas históricas, esparcieron por el mundo estas leyendas, muchas de las cuales nos sorprende encontrar ya en textos tan antiguos como el Turpinus escrito en Santiago de Compostela a principios del siglo XII: tal es la leyenda bretónica, reproducida dos siglos después en la traducción castellana del Caballero Cifar, de la ciudad de Lucerna, que hoy los campesinos gallegos localizan en diversa comarcas, en Doniños, en Carragal, en la laguna de Santa Cristina, en mil partes, en fin, y que habiéndose resistido a Carlo Magno, éste, vueltos os ojos al ciclo, invoca a Santiago, y de improviso los muros de la ciudad maldita se desploman, y las torres caen, y la ciudad se abisma en las entrañas de la tierra, convirtiéndose en un profundo lago de aguas negras, en cuyo fondo moran peces más negros que las aguas. Cuando ya todos estos asuntos del ciclo de Bretaña corrían por Castilla en obras cultas, cuando ya el Tristán después de haber transfundido su sabía vital al Amadís, circulaba en diversas traducciones y su vibración profunda y melancólica soliviantaba a que las imaginaciones todas, la musa popular respondió al conjuro, haciendo revivir esos asuntos míticos [fol. 30] aventándolos por toda la nación en algunas del romance callejero y repitiendo con más fácil pasión las rancias consejas en tanto alteradas en su transmisión secular. Mientras tanto, y ya en los umbrales de la edad moderna, la musa aristocrática, recreándose con más frenético entusiasmo cada vez en aquel mundo encantado, fantástico y lleno de prestigios, en fuerza de sobrecargarlo de episodios imposibles, de temas bizarros y tipos de convención, es fuerza de multiplicar las aventuras y de tratar los temas con toda la intemperancia belicosa de los libros de caballerías, acabó por ahora lo que en ellos había de candoroso y de poético, preparando así su ruina y su descrédito, ruina que aceleró y rubricó a golpes grotescos de lanza el sublime caballero de la triste figura.

Sin embargo, examinadlo bien. En el donoso escrutinio y quema de la librería que hacen el cura y el Barbero, no se nombra el Tristán. Y es porque, el Tristán, si bien Don Quijote lo había leído en sus años mozos, no figuraba en los estantes de su biblioteca. Gracias a ello, aquel héroe romántico, flor y espejo de los leales amadores, se ha salvado de las llamas y vive y vivirá todavía, seguirá siendo un encanto para las generaciones sucesivas de los hombres. Porque en el maravilloso cuento de amor hay algo permanente, algo que está mucho más hondo que la inútil y abigarrada babel de lances, aventuras, sorpresas y delirios fantásticos y que el devanear inquieto y frívolo de un mundo caballeresco y galante creado por los troveros el Norte de Francia [fol. 31] bajo el influjo de la poesía de Provenza, donde florecía una casuística amatoria llamada teoría o código del amor cortés, que no es otra cosa, dicho en nuevas palabras, que la apología del adulterio. Ese algo, ese nervio secreto, es, por lo que toca a la figura, la pasión humana, el ardiente delirio amoroso malsano, pero real, que la vitaliza y la sostiene, y que Wagner ha alcanzado a traducir en notas eternas. Las obras que se conforman a una convención pasajera, no tiene más que una existencia efímera; pero las raíces del Tristán están más

hondas: se ocultan en las profundidades inconscientes y siempre idénticas del alma humana. Y por lo que toca a su vida de paladín aventurero, algo hay también que no morirá nunca, y son esos fragmentos, esos cuentecillos de magias, eso poemitas de aventura que acabo de mostraros, cuyo infantil candor les da una nota de espontaneidad, de gracia y de frescura, que se impondrá siempre a quien sepa discernir la belleza, sea cualquiera la forma que revista, y aunque la rodee lo absurdo. Por lo menos, tened por cierto que en las montañas y aldehuelas del Norte español y en todo el Occidente peninsular, esas consejas gozarán de vida perdurable: porque para el labriego, para el rústico, para el ingenuo campesino de allí y de todas partes, no hay nada más hermoso que lo que no existe. Y acaso acierte.

Por eso yo, seguro de vuestra indulgente atención, y respondiendo agradecido a una galante indicación de mis amigos del Ateneo, he creído interesante mostraros estas modestas florecillas rústicas recogidas en huerto español, y ponerlas, no como ofrenda mía, –que soy indigno para ello,– sino [Fol. 32] como ofrenda del genio popular de nuestra patria, a los pies del coloso de Bayreuth, que acertó a dar su expresión definitiva al inmortal poema que consagra las nupcias del amor y de la muerte.

NOTAS

1 Aquí, después del fol 12, aparece otro folio 12 (bis) tachado y con ideas similares, con referencia a Michaëlis de Vasconcelos, entre otros. El fol 13, a su vez, está repetido, con el mismo tema y algunas variantes; tomamos la segunda redacción (13 bis).

2 En fol 13 se añade este fragmento variante de 13 bis: Y es que [a lápiz: señores,] la fama de Tristán y demás caballeros de la Tabla Redonda, no quedó reclusa en el brillante, pero al fin, limitado círculo de las cortes poéticas, sino que se extendió a todas las clases. Los Tristanes y las Iseos, abundan en el onomástico galaico-portugués de la Edad Media. Es más: la novela de Tristán llegó a ser acogida como rigurosamente histórica según consta de una indicación explícita del cronista Azurara. Así la vida de los amantes vino a ser el tema obligado de las conversaciones, tanto en los campamentos como en los castillos, como en las plazas, como en lo suburbios aldeanos Atended a este pasaje contenido en la Crónica de Fernán López: "El rey na tenda, non foy ben contente d'algúns [cavalleiros] que [no cerco de Coria] se não chegaram como elle quizera [da barbacan]; deshi, falando nas cousas que se no combate acaçerem viu a dizer como em sabor: - "Gram mingua nos fizeram hoje este dia os bons Cavaleiros da Tavola Re-

donda: ca certamente elles nos tomavam este logar".- Estas palabras nôm pode ouvir como paciencia Mem Rodriguez de Vascoellos, que logo nom respondeum e disse: -"Senhor, nem [sin continuidade].

3 Todo este fragmento, en fol 14, se repite, tomamos la segunda parte por más completa, y dado que la anterior contiene partes tachadas por el propio Said; en todo caso, de cara a una reconstrucción diplomática deberían ponerse en paralelo.

4 Tachado todo el comienzo de esta página. Del fol 16 hay otra página con variantes, usamos la segunda, más completa].

5 También del fol. 17 hay una primera versión con tachaduras; tomamos, con en las anteriores, la segunda versión, que parece posterior y más precisa.

6 Añade, a continuación, este párrafo insertado líneas atrás: "Esta idea, puesta en moda por María de Francia a mediados del siglo XII, hizo fortuna, y desde entonces, todos los poetas y novelistas la aceptaron y desarrollaron con pasión. Tristán ya no se separará de su arpa durante la Edad Media". El resto del folio 18, salvo 6 líneas finales, está tachado. Dichas líneas, son repetición, con variantes, de un fragmento anterior: [...] [el tema de Iseo viajando a Joyosa-Guarda] "Es un tema constantemente, insistentemente repetido, y apurado, y

al que se acomodan el romance que os digo, y la novela castellana de Tristán. El pasaje es aquel en que Tristán canta una noche, a orillas del mar, bajo las ventanas del Rey Languines, padre de Iseo, que se asoma al balcón, le manda subir, e Iseo le cura la herida envenenada hecha por Moroult".

7 Introduce en las 7 siguientes líneas, añadidos con lápiz azul, correcciones varias de muy difícil lectura; mantenemos el texto base, al no ir tachado.

8 Con numeración de fols 18/19 y 20, tachado y con múltiples correcciones, hay una segunda variante de este fragmento del romance de Bernaldino e Sabeliña, con referencia a Iseo la Blanca e Iseo la Rubia y el tema de los árboles que se entrecruzan. Omitimos esta segunda versión del discurso que parece anterior. Este romance se lo envió Víctor a su madre, como comentario en Villanueva, 2014.

9 Aquí se interrumpe el poema en el manuscrito; lo completamos desde la edición del programa de Luis París de Tristán (1911).

10 Con el mismo encabezamiento ["La musa rústica, al adueñarse..."] introduce un nuevo poema derivado del anterior, ahora sobre el conde Don Liño, que podemos verlo, junto con otras variante del romancero recogido por Said Armeño, en Villanueva, 2014.